

No sé por qué me finqué con obstinacion en que consumia aquella existencia, además del veneno implacable de la tísis, algun dolor intenso producido por la orfandad ó por un amor infeliz . . . ¡pobre niña! llena de mimos y cuidados, la llevaba la corriente á la muerte, y ella se asia al muro de rosas de la juventud, que desgarraba sus manecitas con sus espinas.

Habia comprado un Album, solo para que escribiera yo en él, y nadie más: la muerte selló la fidelidad de su promesa.

Esa noche espío con timidez un momento, y me presentó el libro. Nos uniamos dos viajeros: ella debia partir para la eternidad. Yo me aislé en un cuarto, y sin poder dominar mis emociones, escribí:

EN LA PRIMERA PAGINA

DEL

ALBUM DE EMILIA.

¡Oh! cuando voy viajero fatigado
Sembrando quejas y vertiendo llanto,
¿A qué pedir al pecho desgarrado
Ecos sentidos de amoroso canto?
Tu alma requiere acento regalado,
No el gemir ronco de íntimo quebranto;
Puedes hallar aquí, dándote enojos,
Tristes huellas del llanto de mis ojos.

Si esta fuera la entrada de tu vida
Yo la sembrara de jazmin y rosas:
Como fuente purísima escondida
Entre sombras de acacias y mimosas,
La ingrata suerte hallárate dormida
Viendo en tu seno estrellas luminosas,
Y el límpido cristal creyendo cielo
A distante region torciera el vuelo.

Ave inexperta, tiembles en la rama
Que en inquieto vibrar te lanza al viento:
¿No ves, mi bien, que el huracan rebrama
Entre nubes preñadas de tormento?
¿No oyes, mi amor, que la razon te llama
Como una madre, y que con tierno acento
Quietud le pide á tu existir querido
Entre las flores del materno nido?

¡Pobre niña! que sueña la existencia
Vertiendo risas y pisando flores,
Entreabriendo su cáliz la inocencia
Al beso de los cándidos amores,
La alma exhalando su divina esencia
Al trinar de los pájaros cantores,
Y reflejando la risueña aurora
La frente pura de quien la alma adora.

Pobre nave que anhela en la bahía
Cruzar soberbia los inciertos mares;
Que de las hondas la inquietud bravía
Piensa en su loco error que son cantares.

¡ Oh! no dejes el puerto, vida mia;
 No te entregues del viento á los azares;
 No provoques las iras de la suerte
 Cerca el escollo ves, que da la muerte.

Al amor abres la existencia pura
 Y dejas que se escapen en raudales
 De tu alma los tesoros de ternura;
 Pródiga desparramas sus cristales
 En seca arena, y en la roca dura,
 Y cuando en vez de amor, te cerquen males,
 En estéril desierto y entre abrojos
 Agotarse el raudal verán tus ojos.

Triste es, muy triste, en insensato empeño
 Brindar caricias y encontrar quebranto,
 Y despertarnos del placer del sueño
 Para inundarnos en eterno llanto;
 Triste es buscar el porvenir risueño
 Y encontrar donde quiera negro espanto,
 Sed devorarnos, y empapar el labio
 En la hiel quemadora del agravio.

Pobre mujer, tu angustia es nuestro juego,
 Y tu llorar de amor, es nuestro hastio;
 El que te dice que te adora ciego,
 Te hiere aleve con engaño impío:
 Niña inocente, del amor el fuego
 Será tal vez de lágrimas un rio.

Duerme, duérmete en paz, y no mi canto
 Tu faz anuble con temprano llanto.

Oh! si estas fojas fueran los encajes
 Que cayeran profusos en tu cuna,
 Y te dejaran ver como celajes
 La blanca faz de la apacible luna,
 Yo alejara del mundo los ultrajes
 Y el amago falaz de la fortuna;
 Yo evocara con cantos halagüenos,
 Al querubin de los dorados sueños.

Yo arrullara felice tu inocencia
 Con cantos tan sentidos de ternura,
 Que te hicieran sonreir de complacencia
 En dulce arrobamiento de ventura.
 Alejando tus sombras mi experiencia,
 Entónce apareciera tu hermosura,
 Como tiembla en el lago casta y bella
 En cielo azul la matutina estrella.

Este libro es tu altar, niña inocente,
 Yo olvidé al contemplarlo mis dolores
 Y en él pegué mi atormentada frente.
 No tiene el alma ya cantos de amores,
 Perdió mi lira el resonar ardiente:
 A mi existir desierto pedí flores. . . .
 Una sola me otorga mi quebranto,
 Ponla en tu corazon: tiene mi llanto.

GUILLERMO PRIETO.

Estos versos, disparatados como son, tienen su disculpa, por la manera con que se escribieron, en reducido cuarto, entre el bullicio y con frecuentes distracciones, para corresponder á los brindis de los amigos.

Al fin, ví la cara del último de los Albums, y escribí en la última de las hojas, porque había personas de verdadero mérito que se disponían á escribir:

A CARMELITA ÁNDRADE.

El fin del libro aquí está,
Yo lo asalto con valor,
Que el libro, como mi amor,
Ya no tiene más allá.
Y tan bien pensado está
Lo que yo supe elegir,
Que en el grande ir y venir
Del mundo, el *quid* suele estar
No en cómo hemos de empezar,
Sí, cómo hemos de concluir.

¿Qué importa á la mariposa
Nacer como en dulce nido
En el clavel encendido
O en el cáliz de la rosa?
En el aura vagarosa
Como en inconstante juego,
Se ve girar sin sosiego
Y el dolor no la reclama,
Después adora en la llama
Y la devora su fuego.

Nace cristalina fuente
En el otero sombrío,
Corre después manso río
Como el cristal trasparente.

Pero tal vez en torrente
Se torna, y al rebramar,
Su vida suele acabar,
Extraviando su camino,
En el pantano mezquino
Y no en el inmenso mar.

Casi todas las auroras
Prometen risueños días,
Y hay tempestades sombrías
Tras de las alegres horas.
Se miran nubes traidoras
Que envuelven en negro velo
El límpido azul del cielo:
Yo no quiero, vida mía,
Para tí, un sol de alegría,
Que muera en sombras de duelo.

Es enojosa rutina
Que lloremos flores muertas,
Que alumbre tumbas abiertas
El sol que nos ilumina.
Esa escala que asesina
Y se llama del vivir,
No la quisiera seguir . . .
Aunque la he de recorrer . . .
¡Qué hermoso fuera nacer
Mucho después de morir!

Yo te miré, y al momento
Sentí en el pecho alegría,
Y fué, Cármen, que vivía
Del placer de tu contento.

Que siga el gozo en aumento
 En el seno de tu hogar,
 Y que goces sin pensar
 Si en dudoso porvenir,
 El dolor puede venir,
 Y la dicha ha de volar.

Entusiastas trovadores
 Y también sesudos sabios,
 Pintan con sombras de agravios
 Las alas de los amores.

Dicen que siguen dolores
 A la delicia de amar ;
 Si tal pudiera pasar,
 Y si tal pudiera ser
 La conclusión del querer,
 Más valiera no empezar.

¿ Por qué enzarzar el arbusto
 Que encierra traidor veneno
 Y da fruto en cuyo seno
 Hay gusanos de disgusto ?

¿ Por qué quiere el hado injusto
 A las almas encender ;
 Que deliren de placer,
 Y después que en su gemir
 Digan : ¡ qué triste es vivir !
 Más valiera no nacer ?

Que á tu virginal cabeza,
 Como hoy, adorada niña,
 Siempre engalanada ciña
 La auréola de la pureza.

No dé sombra la tristeza,
 Cármen, á tu dulce hogar,
 Que en el duro batallar
 De la suerte, al fin rendida,
 Haga más feliz tu vida
 Que lo que fué al comenzar.

GUILLERMO PRIETO.

Omito la relación de mis visitas á mis amigos Carrascosa, Gaxiola, Dr. Rodger, Schleidem y otros amigos, porque las flores de la ternura se conservan mejor á la sombra.

Por una razón análoga no menciono á mis amigos de la prensa, á quienes merecí distinguidos favores, y los que supieron conquistar lugar distinguido en mi corazón.

Cuando volví á mi hotel, dormían todos profundamente : las puertas estaban entreabiertas, esperando el aviso de los criados.

Yo me tiré vestido en la cama, y oía el despertar de la ciudad entre las tinieblas, percibiendo á lo lejos el agudo clamor de los ferrocarriles y vapores.